



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

AÑO II.—ÉPOCA 2.ª

5 DE MARZO DE 1871.

NUM. 21.

LA TENACIDAD DE UN PARTIDO.

Con frases desdeñosas y en tono altivo, se censura en el reciente manifiesto del gobierno la tenacidad de un partido, considerándole incapaz de aprender en la esperiencia, que es la enseñanza universal; y mucho menos de inspirarse en los grandes principios de la ciencia política.

Ese partido es el partido católico y autoritario, á quien sus enemigos llaman absolutista, para censurar el exclusivismo que entraña esta palabra, para condenar la intransigencia que envuelve esta bandera.

Y, sin embargo, los que de autoritarios nos preciamos, los que creemos firmemente que las instituciones públicas deben levantarse sobre principios morales, y sabemos muy bien que la moral verdadera es, como toda verdad, única en su orden, y respetamos con profundo acatamiento la moral católica, somos en la realidad muy intransigentes, porque no transigimos con las doctrinas funestas que el error esparce con pérvida intencion por todos los ámbitos del mundo, y solo aceptamos y defendemos con perseveran-

cia y entusiasmo los intereses legítimos, los fueros de la justicia, los grandes fundamentos sobre que descansa el edificio social.

Todo lo que la palabra absolutismo nos repugna como enseña de despotismo, toda la aversion que nos inspira como símbolo de tiranía, toda la profunda y exaltada antipatía que nos despierta como abuso de poder, todo ese antagonismo, en fin, con que miramos el absolutismo bajo el prisma de la fuerza opresora, se convierte en simpatía, se convierte en atraccion, se convierte en entusiasmo cuando la consideramos como el imperio irresistible del derecho, como la accion imprescriptible de la justicia, como el ministerio inviolable de la ley.

Sí; los que entendemos por la libertad el ejercicio del derecho; los que buscamos el derecho en la esencia de la justicia, de esa justicia tan eterna é inmutable como Dios; los que queremos que el derecho y la justicia se inoculen en las instituciones y se traduzcan en hechos positivos, somos absolutistas de la ley, porque en el absolutismo de la ley encontramos las garantías de la verdadera libertad.

En ese sentido racional, en ese sen-

tido discreto, en ese sentido procedente, aceptamos con legítimo orgullo el dictado de absolutista con que se pretende empañar los purísimos timbres de un partido, no de un partido, sino de una aspiracion noble y generosa, de la aspiracion de redimir la pátria mancillada por los errores y los abusos del poder; empezando por redimir el individuo, siguiendo por redimir la familia y concluyendo por redimir la sociedad. Ese y no otro es el gran remedio para cicatrizar las llagas profundas que la política escéptica é impía ha producido en la católica y levantada pátria de los españoles. Los remedios de forma, los remedios empíricos, los remedios de palabras, son tan estériles como las palabras vacías, tan inútiles como la nada, tan contrarios á sus fines como todos los propósitos sin razon y todas las aspiraciones sin lógica.

Y, sin embargo, el gobierno que dirige los destinos de España censura acervamente la tenacidad del gran partido ó de la gran familia católica, de esa comunión inefable en la que convienen todos los que ven en la política algo más que vagas fórmulas, todos los que ven en las leyes algo



más que teorías fantásticas y deslumbradoras, todos los que quieren ver en el Estado un gran tutor de los intereses más valiosos de los pueblos.

Examinemos y distingamos las cosas, llamando mal al mal y bien al bien. ¿Convenís con nosotros, hombres del radicalismo liberal, en que las grandes verdades son independientes de la versátil y fugitiva opinión humana? ¿Admitís algunas verdades como axiomáticas y dogmáticas, y superiores, por lo tanto, á las enojosas controversias y á las fatigosas discusiones de los hombres?

¿No creéis que esas verdades son altamente respetables por la justicia que entrañan y por los efectos que producen?

¿Cómo, pues, os asombráis de la tenacidad de los que tienen convicciones profundamente arraigadas? Si el levantar dentro de la ley la bandera de principios inmutables y de verdades eternas se llama tenacidad, los hombres tenaces serán los razonables, serán los consecuentes, serán los que por nada ni por nadie abdicarán sus santas creencias.

Es más: si vosotros, los que os apellidais enemigos del absolutismo y defensores de la libertad, combatís con porfiada constancia el absolutismo de la ley, y defendéis la libertad de aplicar la ley según el criterio del gobierno, nos declaramos de buen grado por irreconciliables de la libertad del poder ejecutivo, que ofende y ultraja los fueros del poder legislativo, y por partidarios acérrimos del absolutismo de la ley, de ese absolutismo que no transige con los falaces de las doctrinas, con los inconsecuentes entre las promesas y los hechos, con los que solo atienden los intereses de bandera y los medros personales, y prescinden del bien de la patria, y desconocen la abnegación, y jamás por el bien público hicieron sacrificios heroicos.

Si la tenacidad es la perseverancia en los propósitos dignos, la consecuencia de conducta honrada y la invariabilidad de principios fundamentales, aceptamos la tenacidad como el timbre más glorioso del partido autoritario.

JUAN CANCIO MENA.

ACTUALIDADES.

LA CALUMNIA Y LA VERDAD.

Si Guttemberg hubiera sospechado el uso que andando el tiempo habían de hacer los revolucionarios españoles de su magnífica invención, acaso movido por piedad habría hecho pedazos su obra.

Vehículo de la calumnia y del escándalo, en vez de serlo de la instrucción y del progreso, conviértese la prensa en algunas manos en navaja de Albacete, movida, no á la luz del día y en campo abierto, sino en las sombras de la noche y al amparo de la traición.

Si no víctima, blanco de sus rencores ha sido recientemente el canónigo Manterola, el hombre que con su talento y sus virtudes evangélicas ha logrado admirar hasta á sus adversarios; el hombre cuyo corazón, todo amor, todo caridad, ha hecho y hace los más heroicos sacrificios en aras de las ideas que pueden arrancar del abismo á la patria. Blanco ha sido de envenenados dardos, llegando algunos periódicos, á favor de la impunidad de que gozan, á dudar de su honra y á querer mancillar su nombre con la inmunda baba de las pasiones que la fiebre revolucionaria enciende.

Ya se ve: todos los días tienen los hombres honrados que fijar sus ojos en los puntos negros de la situación, todos los días se descubre un abuso, un escamoteo ó cualquier otra gracia por el estilo de los hombres poderosamente apadrinados, y si quiera para escusar estos escándalos, necesitaban presentar la figura del ilustrado y virtuoso sacerdote Manterola con grilletes en las manos.

¡Miserables calumniadores! Inútil es vuestro inicuo deseo. Mientras vosotros atentáis á la honra del hombre ejemplar; mientras le calificáis, ó poco menos, de ladrón, todas las personas que viven á su lado en el destierro á que le tienen condenado las amenazas de las autoridades vasco-navarras, saben que en San Juan de Luz, donde reside, es el hermano y el padre de los pobres desterrados como él y sin recursos; todos saben que ha organizado la subsistencia de muchos infelices expatriados, que no hay día en que desde el púlpito, con su evangélica y arrebatadora palabra, no ofrezca dulces consuelos á los que piensan en la patria perdida; que él mismo implora la caridad para dar casa, alimento y vestido á los que, obligados á vivir en la frontera, morirían sin su auxilio en los brazos de la miseria.

Calumniadle, pues, cebaos en él, porque representando como representa á la vez por sus virtudes el catalicismo, y por su talento el progreso, es quien más daño puede hacerlos demostrando prácticamente que son mentiras, en las que ni vosotros mismos creéis, vuestras acusaciones contra el partido católico-monárquico. Dirigidle vuestros más acerados dardos: él, con la mansedumbre de la conciencia tranquila, de los sentimientos del cristiano, responderá sen-

cillamente, sin devolveros insulto por insulto, porque sabe que la calumnia es siempre baja y solo la oyen los que se arrastran por el lodo.

Oigan ahora nuestros lectores cómo el Sr. Manterola ha rectificado las falsas aseveraciones del corresponsal que tiene en Madrid un periódico de Burdeos:

«Señor director de la *Gironde*.

»Muy señor mío: Con profunda indignación he leído en el periódico que Vd. dirige la *correspondencia particular de España*, en que su corresponsal de Madrid escribe á Vd. con fecha 12 de este mes lo siguiente:

«El señor obispo de Vitoria ha nombrado un sucesor al canónigo Manterola en la administración diocesana. Una suma de 450.000 pesetas ha sido reclamada al señor Manterola, quien, después de algunos días, no ha entregado más que 25.000. Se aprueba la decisión del señor obispo, y se le exhorta á que obligue al canónigo á la restitución de 450.000 francos que debe á la caja de la diócesis.»

»Es una indignidad, señor director, que se haya sorprendido la buena fé de usted con infames calumnias. No es el señor obispo de Vitoria quien me ha destituido del cargo de administrador diocesano. Es una real orden de D. Amadeo, suscrita por su ministro de Gracia y Justicia, señor Ulloa, el día 17 de enero de 1871, la que dispone mi inmediata separación de la administración diocesana. Es una gran mentira lo que se dice de fondos que yo deba al Estado ó á la Iglesia.

»Gracias á Dios, á nadie debo nada. Las cuentas de Cruzada é indulto cuadragésimo de la predicación de 1869 al 70 están aprobadas por el Tribunal Supremo de Cuentas. Y las de la predicación de 1869 al 70 no han sido aun presentadas, porque no ha llegado el día de su presentación. Y hasta que llegue ese día no pueden saberse las cantidades recaudadas por la administración de mi cargo, y es, por consiguiente, imposible toda reclamación contra ella. Cuando aquel día haya llegado, se rendirán también esas cuentas sin que falte un solo céntimo, y serán, como las anteriores, sin dificultad alguna aprobadas.

»Yo no soy ladrón, señor director, ni lo seré jamás. ¡Ladrón! No, jamás. Entre los señores sacerdotes españoles hay muchos cuyos bienes son robados; entre todos ellos no hay, no puede haber un solo ladrón. ¿Puede Vd. creer, señor director, que si hubiese yo robado, defraudando al gobierno de España que percibe los productos de Cruzada, no me hubiera el gobierno perseguido llevándome á los tribunales? ¿Habría dejado de hacerlo porque soy clérigo, ó porque soy carlista?

»Hace ya seis meses tuve que salir huyendo de España, y hallé acogida benévola en el hospitalario suelo francés. Don José Allende Salazar, capitán general de las provincias Vascongadas y Navarra,

»me entregó á las iras del gobierno y al «furo de la revolucion armada en un bando incalificable, que mereció ser unánimemente reprobado por todos. Hombre hubo que anunció públicamente su designio de fusilarme sin formacion de causa, si conseguia prenderme en el territorio de su mando. Fusilar á un hombre, fuera de acciones de guerra, sin procesarle, sin oírle siquiera, es un bárbaro asesinato, y yo no quise morir asesinado. Pero á donde entonces no alcanzó el acero asesino, llegan hoy los dardos envenenados de la calumnia. Y yo quiero más morir con honra que vivir deshonorado.

»En esta consideracion, suplico á Vd., señor director, se digne dar cabida en su periódico á la rectificacion que antecede, quedando á las órdenes de Vd., muy atento y seguro servidor.—*Vicente de Mantenerola.*»

Nada tenemos que añadir despues de las terminantes palabras del Sr. Manterola: solo nos resta compadecer á los que le ultrajan, perdonándolos como él los perdona... porque no saben lo que se hacen.

El momento de las elecciones se aproxima. La gran batalla puede ser fecunda si es respetada la legalidad, y la verdadera opinion de España se manifiesta. De todos modos, la crisis va á ser tremenda. Nosotros sabemos cómo empezará el periodo que se inaugurará el 8 del actual: cómo terminará... ¡solo Dios lo sabe!

No solo el amor de la patria, sino los intereses de la familia y de la sociedad nos imponen altos y sagrados deberes. Siendo las elecciones como van á ser un verdadero plebiscito, España va á demostrar si es capaz de una regeneracion ó si merece vivir como hasta ahora agitada por las más lamentables pasiones.

Créese que la suspension del viaje de la esposa de D. Amadeo obedece al propósito que abriga este príncipe de resignar el centro ante las nuevas Cortes si por su carácter representan una reprobacion del voto de los 191.

Todo puede ser, y quizás esta determinacion, justificada por el sufragio universal, alcanzaria al duque de Aosta la satisfaccion de recibir al marcharse las simpatías y el respeto de los españoles independientes, que aún no ha podido conseguir á pesar de sus buenos deseos.

Por otra parte, los alfonsinos se muestran muy envalentonados. Creen que Montpensier y doña Isabel de Borbon van á reconciliarse, y que, unidos moderados y unionistas, podrán traer á D. Alfonso con la tutoria de su tío.

Todo es posible; pero con esto no haria más que prolongarse la situacion en que vivimos. Las medidas deben ser radicales: los paliativos de nada sirven hoy.

Anúnciase la aparicion de dos periódicos: titúlase uno *La Margarita* y el otro

Flor de Lis. Uno y otro están dedicados á ser el eco de las aspiraciones de las señoras que deseen ver en el trono á D. Carlos ó á D. Alfonso.

La Cuaresma ha empezado bajo los mejores auspicios: los templos están llenos de fieles, y los predicadores, sondando la llaga social, disipan las tinieblas de la duda y ofrecen los dulcísimos consuelos de la religion.

Mucho tienen que hacer para atajar el mal que nos domina; pero su obra es grande, noble, salvadora.

Anúnciase la reunion en Madrid de una Asamblea de católicos. La idea es excelente y de seguro se realizará.

J. NOMBELA.

RECUERDOS. (1)

EL FAVOR DEL DIABLO.

Á LA SEÑORITA DOÑA ANTONIA DE PEDROSO Y CORRAL.

Para tí, mi buena amiga, no necesitaba explicacion alguna la dedicatoria de este RECUERDO, á pesar de que tú misma no conoces todas las circunstancias que le acompañan.

Sabes tú bien que soy soñador, y que mi alma no puede vivir sin misterios, y por eso los respetas.

Pero para el público, un tanto maldiciente de suyo, necesito confesar que á tí debo este RECUERDO, y que tú lo despertaste en mi memoria.

Por eso te lo consagro.

Bien podrá ser que altere alguna circunstancia; pero todo es verdad en su esencia.

Perdóname, amiga mia, si para tí tambien soy reservado.

I.

Una de las últimas mañanas del último mayo, mi despertar fué delicioso.

Se me invitaba, para dentro de breves horas, á una gira en las montañas de Arlaban.

No hay para qué decir que acepté, cuando esto contentaba mis aficiones predilectas, y cuando mi alma se dejaba llevar por sus cariños.

Tomamos la antigua carretera de Francia, y digo antigua, porque mucho más moderna es la vía férrea del Norte, que ha hecho bueno, en parte, uno de nuestros vetustos proverbios: *al cabo de los años mil, las aguas van por donde solian ir.*

Betoño, para mí con encantos, porque alimenta mis sueños con la memoria de la perdida tradicion de un perdido castillo ruinoso, con sus brujas y sus duendes;

(1) Tomamos este lindo episodio del periódico vizcaino *Irurac-bat.*

Durana, y su puente, despertando los recuerdos históricos del conde de Salvatierra, que murió, al fin, en prision miserable, y los de su capitan Baraona, degollado en Vitoria pocas horas despues de su derrota; y Mendivil, y Arróyave, y Gamboa, que la tradicion señala con prerogativas tan grandes, que la razon se resiste á recibirlas, donde se cuenta que tuvieron lugar en su origen los bandos de *gamboinos* y *oñezinos*, que conturbaron el país por largas generaciones, y que legaron hasta nuestros días su memoria en las montañas cántabras; todos estos términos recorrimos en breve, y un desgarrador recuerdo encontramos despues en las ruinas que sirvieron de quemadero á nuestros hermanos; y paramos, al cabo, en las vertientes alavesas de Arlaban.

II.

Pronto me perdí solitario en los senos de la sierra, y pronto, tambien, supieron encontrarme siguiendo mis pasos.

Eran mi buena amiga, y la que, con sus privilegiados dones, mil y mil veces habia adormecido mi alma trasportándola á regiones desconocidas.

Un accidente casual interrumpió nuestra plática y nos llenó de espanto.

La mina de una cantera reventaba con estrépito, y un niño, un pastorcillo, buscando el peligro, estuvo á punto de perecer en la explosion y acababa de salvarse del modo más milagroso.

No pude menos de exclamar:

—¡Dios le ha libertado de riesgo tan inminente! Cada niño encuentra á su lado un ángel que le ampara.

—No: quien vela por los niños es el demonio—replicó una de mis dos amigas.

La otra miraba á su compañera con asombro, al escuchar tal blasfemia.

—No hay para que asustarse: el diablo protege á los niños, porque sabe bien que les salva su inocencia, y que si mueren alcanzan la gloria. En interés del diablo está que los niños lleguen á disponer de su razon y de su albedrio para empujarles por el camino del pecado, atizando el fuego de las malas pasiones.

A la sazón que con tales argumentos dejaba en suspenso nuestro juicio, una pobre y miserable anciana, revolviendo un sendero tortuoso, se presentó á nuestra vista con una carga de helechos sobre sus hombros.

Y fijando su mirada en mi buena amiga, que acababa de emitir juicio tan singular, dijo con aplomo:

—Tú tienes razon.

Los tres quedamos sorprendidos con lo repentino de la aparicion.

La anciana soltó de sus hombros la carga, y la dejó en el suelo.

Despues dió dos pasos hácia el borde de la roca, y, suspendida sobre el borde del abismo, sentóse tranquila.

Y, dirigiéndose á nosotros con su palabra y con sus ademanes, nos dijo:

—Mirad: allí está... sí, allí...

Y señalaba el fondo de la vertiente que servía de fundamento á la roca.

Yo me acerqué más y más á la infeliz anciana.

Pronto comprendí su desdicha.

—Oye—me dijo cogiendo mis manos entre las suyas descarnadas y rugosas:—esa tiene razon.

Y señalaba á una de mis compañeras de gira.

—El diablo protege á los niños.... Yo tuve uno... Cállalo y no se lo digas á nadie.... Tuve un hijo.... y le amaba. ¡Qué madre no ama siempre á su hijo!... Yo le amaba, y, cuando era muy tierno, le amantaba en mis pechos y le calentaba en mi regazo. Yo trabajaba mucho, porque necesitaba ganar el sustento. Pero era todo por él y para él. ¡Que importaban mis sufrimientos!... Crié al hijo de mis entrañas, y cien veces de niño, quisieron robármelo mis pecados, y siempre creí yo que los ángeles me lo guardaban... Pero un dia llegó á ser hombre... Yo contaba con que el hijo de mis amores sería el amparo de su madre en los últimos dias de su vida, y la pobre madre se engañaba....

La infeliz lloraba.

Después de breves momentos, continuó:

—Yo le amaba; y el hijo de mis amores parecía que amaba también á su madre. Pero vino el diablo, atizó el fuego de sus pasiones, y consiguió que el hijo de mi corazón olvidara el amor de su madre por el amor del pecado. Se cumplía el juicio de Dios... También yo habia amado en el pecado; porque olvidando á mi madre, no atendí sus consejos y seguí el camino de las malas pasiones.... El hijo me abandonó para seguir el camino de sus vicios. Yo nunca le perdía de vista.... Seguía, seguía sus pasos y cuanto más se apartaba de mí, yo más y más me acercaba á él.

La pobre anciana se interrumpió de nuevo con los sollozos.

Y siguió despues:

—Hasta que llegó un dia en que nos encontramos aquí los dos... á esta hora, y en este mismo peñasco. Yo bajaba del monte: mi hijo desgraciado esperaba, pero no era á su madre, como solia en otro tiempo... esperaba al pecado, como esperé yo también en otro tiempo. Yo me acerqué á él, primero con súplicas y con lágrimas: no me escuchaba. Después, con imperio: no me oía tampoco. Luego, la desesperacion turbó mis sentidos por un solo momento, y me lancé hácia el hijo de mi alma, ciega de ira... El hijo rodó por el precipicio, y no supe más de él... ¿No es verdad que yo no le maldije? ¿No es verdad que no se ha condenado?

Y luego, fijando su candente mirada en mi buena amiga de una manera feroz, y levantando sus brazos, y crispando sus descarnados dedos, exclamó:

—No, no: tú no tienes razon: tú mientes. Como á todos, los ángeles de Dios protegen á los niños, y cuando llegan á ser

hombres y se abandonan al pecado, Dios tiene misericordia y los redime.

III.

La anciana, lanzando una carcajada histérica, habia desaparecido.

Poco tiempo despues, al caer la tarde del dia 13 de agosto, vagando por las montañas de Aranzazu, solo con mis memorias, en aquellos senos agrestes, encontré con una anciana, con una pobre loca, que, al borde de aquellos abismos, me habló de sus dolores y de sus penas; y luego se perdió entre los breñales, lanzando una carcajada, que repitieron los ecos de una manera fantástica.

S. MANTELI.

LO BELLO Y LO ÚTIL.

Por aquel tiempo en que hablaban las flores, los animales, y entre las hojas gemían los cefirillos galanes y eran las auras el eco del murmullo de los árboles, sobre una flor delicada una abeja fué á posarse, y así las dos conversaron, endechas al viento dándole:

FLOR. ¿Por qué la sávia fecunda libas de mi dulce cáliz?

ABEJA. Porque en ella encuentro vida y doy provecho á las artes.

FLOR. Perla el poeta me llama y es mi perfume fragante.

ABEJA. Yo lo llevo, flor llorosa, para que mis hijos labren.

FLOR. ¿No ves que el jardín adorno?

ABEJA. ¿No ves que hago mis panales?

FLOR. Hermosa soy.

ABEJA. Yo soy útil.

FLOR. Yo soy amiga...

ABEJA. Yo madre.

Y aunque, cual de Dios hechura, admiro tus cualidades, es antes que tu belleza mi utilidad, como es antes lo sano que lo inseguro, lo bueno que lo agradable.

No dijo más, replegóse la flor, y cruzando el aire, volvió la industriosa abeja á fabricar sus panales.

SILVERIO FALCÓN.

HISTORIA DE UN MINUTO.

CONTADA

por **Julio Nombela.**

(Continuacion.)

De pronto llegó á su oído una armonía celestial.

Alzó los ojos y se encontró delante de la puerta de un templo.

Instintivamente entró en él.

El sacerdote alzaba, y el órgano de la iglesia llenaba el espacio con una de esas melodias sublimes impregnadas de amor; de admiracion, de entusiasmo; una de esas melodias que se apoderan del espíritu, que le apartan de la materia, que le llevan á las regiones del ideal, que le ofrecen los más puros goces de la religion.

Jorge pensó en su madre y rezó una salve.

—Madre mia, se dijo de pronto, yo te juro pagar la deuda de gratitud que al darme el sér me hiciste contraer con el salvador de mi padre.

Y saliendo del templo, se encaminó inmediatamente á casa de Rosa.

Rosa estaba sola.

La puerta estaba entornada, y Jorge pudo entrar sin que le viera.

Se detuvo á contemplar á la jóven, que se hallaba completamente abstraída.

Entre sus manos tenia una tarjeta, en la que, adelantándose algunos pasos, vió un retrato.

Rosa le besaba con efusion, humedeciéndole con sus lágrimas.

Después de contemplarla algunos instantes en aquella inmensa afliccion:

—¡Rosa! ¡Rosa! le dijo Jorge, ¿cómo sufres sin compartir tus penas con tu hermano?

La jóven le miró, quiso hablar, pero no pudo. Estrechando la mano que le tendió Jorge, permaneció algunos instantes sin poder articular palabra.

—¿No adivinas, le dijo Jorge poseído de la misma emocion que habia despertado en su alma el templo, no adivinas al verme aquí que soy feliz y que vengo á ofrecerte mi felicidad.

—¿Qué dices, Jorge?

—He sido un ciego hasta hoy, pero Dios ha querido que vea la luz.

—Habla, espílicate.

—Soy rico, soy dichoso; he hallado al padre de mi madre, me ha hecho dueño de toda su fortuna; ¿pero para qué la quiero si no participas de ella?

Predóname si agravo tu dolor con esta declaracion. Rosa, mientras vivia á tu lado como un hermano, no podia verte, no podia amarte, no podia comprenderte. La distancia, la ausencia me han hecho apreciar lo que vales. Te amo, sí; te amo más que á mi vida, y de rodillas te pido que me dejes hacerte feliz, que me permitas darte el nombre de esposa.

Rosa experimentó una emocion dulcísima.

La felicidad inundó su alma.

—¡Jorge! dijo.

Y al pronunciar esta palabra reveló en sus ojos la inmensa dicha que experimentaba.

Pero retrocediendo de pronto:

—¡Es imposible! exclamó, es imposible que yo sea tu esposa.

—¿Por qué?

—Mira.

—¿Qué es eso?

—¿No ves este retrato? ¿no le conoces?

—Sí.... recuerdo. Es aquel hombre que vino un día á casa, y que al siguiente fué preso; es el Sr. Mariano.

—Sí, dijo con voz cavernosa la jóven, con la espresion de un dolor indefinible; es el Sr. Mariano, el acusado de asesinato y robo, el hombre sentenciado á muerte, el que tal vez va á espirar mañana en un cadalso.

—¿Y bien?

—Y bien, que ese hombre es mi padre.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó Jorge.

Rosa no pudo más.

Cayó en sus brazos desmayada.

XXX.

UNA SOLUCION.

Inmenso era el apuro en que se hallaban la generala y el marqués por un lado; Jorge y Rosa por otro.

La primera hacia los mayores esfuerzos para encontrar un medio salvador.

El Viernes Santo se acercaba; pero el indulto no bastaba á sus deseos.

Era necesario el perdon completo.

El Sr. de Lara habia apurado todos los recursos sin hallar una solucion favorable.

Viendo lo inútil de su meditacion, el marqués llegó hasta proponer que á cualquier precio se procurase la evasion del señor Mariano.

Mientras tanto el pobre acusado aguardaba con tranquilidad la última hora de su vida.

Con aquel martirio pagaba una deuda de gratitud.

Además, sabia que el porvenir de su hija estaba asegurado, porque así se lo habia escrito el brigadier; y sobre todo, confiaba en la Providencia.

Mientras Jorge, despues de haber oido la confesion de Rosa, le decia:

—Tu padre es inocente, es un mártir, es un modelo de abnegacion, y aunque muriera en el cadalso, que no morirá, mi mayor gloria seria poder contar al mundo los misterios del crimen que se le imputa, y consagrar mi vida á labrar la felicidad de su hija.

Mientras Jorge se espresaba en estos términos, el brigadier Iraldez, que despues de la entrevista que acababa de celebrar con él se sentia profundamente agitado, dominándose, no sin dificultad, porque una horrible fiebre ardia en sus venas, llegó hasta el Saladero y se hizo conducir á la presencia del Sr. Mariano.

—Juan, le dijo cuando estuvieron solos, ha llegado el momento supremo. No puedo consentir por más tiempo que el inocente sufra mientras el verdadero culpable busca los medios de labrar su felicidad. Las circunstancias me obligan á renunciar para siempre á la dicha de estrechar en mis brazos á mi hijo y de oirme llamar padre por él. Sabe su historia, porque se la he contado; sabe los beneficios que te debe, es necesario que yo proclame tu inocencia y me presente en tu lugar á sufrir el castigo de la justicia.

—Eso nunca, contestó su fiel servidor. Yo juraria de nuevo que engañaba Vd. á los tribunales, que se culpaba Vd. por salvarme, y como las pruebas me condenan, Vd. quedaria absuelto....

—Piensa en tu hija.

—Sé que Vd. no la abandonará.

—Ya he hecho donacion á su favor de toda mi fortuna; pero, no obstante, has sido un mártir y mereces el premio de su cariño.

Al ver lo resuelto que estaba Iraldez á delatarse:

—No tengo inconveniente, dijo de pronto Juan, en que revele Vd. ese secreto á los tribunales. Solo una condicion exijo: que aguarde Vd. tres dias. Es muy posible que en este tiempo pueda yo encontrar el medio de evitar una dolorosa confesion. Tres dias se pãsan pronto; hágame Vd. este favor en cambio de los servicios que he podido prestarle.

El brigadier comprendió cuál era el pensamiento de Juan.

—Bien está, le dijo; empeño mi palabra.

Pero se despidió de él resuelto á realizar su plan.

Al hallarse en la calle, sintió un frio intenso, al que no tardó en seguir un temblor que le obligó á apoyarse en la pared para no caerse.

Las emociones de aquellos últimos dias le habian herido de muerte.

Haciendo un supremo esfuerzo continuó su marcha, y á los pocos pasos vaciló y cayó.

La fiebre se habia apoderado de él por completo.

Algunos circunstantes se acercaron á auxiliarle; detuvieron un coche, le metieron en él, y el más caritativo de todos los que le rodeaban le preguntó las señas de su casa y no le abandonó hasta dejarle en ella.

Sus criados llamaron á un médico.

Acudió en seguida, y le encontró tan grave, que dispuso que le administraran los Santos Sacramentos.

No tardó en llegar un sacerdote, y oyó su confesion.

La enfermedad avanzaba rápidamente.

La confesion se prolongó bastante.

El supremo esfuerzo que hizo el enfermo para revelar su secreto al sacerdote y confiarle una mision importantisima, acabó de aniquilarle.

Aun le quedaron fuerzas para mandar llamar al marqués del Romeral.

Cuando este recibió el recado estaba Jorge en su compañía.

Habia ido á pedirle permiso para consagrar su vida á Rosa, para pagar á la pobre niña la deuda de gratitud que su padre habia contraido con el Sr. Mariano.

—Ven conmigo, dijo el marqués á Jorge.

Los dos se trasladaron á casa de Iraldez.

El marqués entró en la habitacion del enfermo.

Jorge quedó en la sala.

—¿Qué es esto? exclamó el marqués, al

ver á Iraldez en aquel lamentable estado de postracion.

—Esto es, contestó con débil voz el enfermo, que la Providencia es justa, que se acerca el último instante de mi vida, y que el último instante de mi vida es el primero de felicidad para los seres á quienes he hecho desgraciados en el mundo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Tranquílicese Vd., y dispóngase á darme el último adios. Estoy tranquilo; acabo de cumplir con mi deber.

—¿Qué ha hecho Vd.?

—Acaba de abandonarme un ministro de Dios. He confesado mis culpas, he rogado á mi confesor que llame á la justicia para oír la declaracion de un moribundo.

—¡Eso es horrible!

—No, eso es pagar una deuda. Mariano será puesto en libertad, volverá al lado de su hija, Rosa será feliz, Jorge la amará con toda su alma, y Vd., que es bueno, asegurará su porvenir.

—¡Jorge está ahí!

—¡Dios mio! exclamó Iraldez pugnando por levantarse, ha venido á conocer al autor de su desdicha, á maldecirme.

—No..., él ignora quién es Vd.

—Pero vá á saberlo... el juez no tardará en llegar...

En esto se oyó un campanillazo.

—Ahí está, exclamó Iraldez convulso... aléjese Vd.

El marqués buscó á Jorge.

—Iraldez está muy grave, le dijo; busca á D. Jacinto y que mande llamar á mi médico. En seguida corre á casa de Rosa y tranquilízala.

Jorge obedeció.

El juez, acompañado del escribano y del marqués, entró en el aposento del enfermo.

Poco despues llegó el confesor.

Iraldez hizo una declaracion en toda regla. Al terminarla:

—Dios se apiade de Vd., dijo el juez.

Y partió con el escribano.

Iraldez pidió al cura que fuese á referir al Sr. Mariano lo que habia pasado.

—Dígale Vd. que es inútil ya su sacrificio. La Providencia ha sido justa, como siempre.

Iraldez quedó á solas con el marqués.

—Mi vida se acaba..... que yo alcance su perdon de Vd.

—¡Ah! ¡sí! exclamó el marqués; le perdono á Vd. con toda mi alma.

—Otro favor me resta pedir á Vd. Cuando Jorge sea padre, revélele, Vd. el secreto. Entonces no me maldecirá.

El marqués ofreció cumplir su voluntad.

Iraldez quiso hablar; pero una congoja le privó del uso de la palabra.

El marqués permaneció silencioso á su lado.

Poco despues llegó el médico.

Despues de observarle:

—Ha empezado para él la agonía, dijo: breves instantes nada más le quedan de vida.

La agonía se prolongó.

El marqués pasó toda la noche al lado del enfermo.

Al día siguiente por la mañana muy temprano llegó Jorge.

El marqués descansaba.

Jorge entró en el cuarto del enfermo.

La muerte proyectaba su fatídica sombra sobre sus demacradas facciones.

—¡Brigadier! ¡brigadier! exclamó el joven.

Íñaldez le miró.

Quiso hablar y no pudo.

—¡Perdon! ¡perdon! balbuceó..... ¡Rosa! ¡Rosa!

Y espiró.

—¡Qué es esto! exclamó Jorge; ¿qué misterio encierran sus últimas palabras?

—Un misterio que te revelaré el día más feliz de tu vida. Ahora respétale, dijo el marqués.

Los dos, profundamente conmovidos, salieron de la casa mortuoria.

Al llegar á casa de Rosa hallaron al señor Mariano en los brazos de su hija.

¡Lo que es la vida!

Dejaban el dolor y hallaban la alegría.

Al mismo tiempo tenía lugar una escena interesante en casa de la marquesa de Valle-Oscuro.

Asistamos á ella.

XXXI.

EL RÁBANO POR LAS HOJAS.

Doña Mercedes, como recordará el lector, estaba sin saber una palabra de su caro esposo D. Melquiades.

Ya se creía viuda, cuando una mañana muy temprano oyó llamar.

—¿Quién es? preguntó.

—Abre, mujer... soy yo.

—¿Quién es Vd.?

—¿No me conoces?... tu marido.

—¡Ah picaron! dijo abriendo la puerta.

Hubiera continuado su discurso completo lleno de acusaciones, pero se detuvo al ver que su marido no estaba solo.

En efecto, le acompañaba una señora, cuyo rostro no pudo distinguir doña Mercedes, por el tupido velo que le cubría.

Pero si no pronunció un discurso, no pudo menos de decir:

—¿Qué significa esto?

—¡Silencio! contestó D. Melquiades; y volviéndose á la encubierta, pase usted señorita, añadió.

—Pero, ¿qué...

—Silencio he dicho; pase Vd.

—Es que yo no puedo consentir...

—Doña Mercedes, si no calla Vd. la echo de casa...

D. Melquiades guió á la sala á la desconocida.

Doña Mercedes los siguió.

—Déjanos un momento.

—Pero...

—¿Qué nos dejes.

Y la empujó suavemente hacia fuera.

—Esto es inaudito, esto es inaguantable, se dijo doña Mercedes. Aquí hay gato en-

cerrado, y por lo que pueda ser, voy á observar por el agujero de la llave.

Lo hizo así, y por desgracia suya no pudo ver el rostro de la dama encubierta.

Se habia sentado en una butaca con la espalda hácia la puerta.

Pero si no vió, pudo oír.

—Vamos, señorita, dijo D. Melquiades; ya puede Vd. descubrirse... está Vd. en salvo, y ya que he tenido la buena suerte de arrebatarla á Vd. del borde del abismo, quiero completar mi obra.

—¡Ay! murmuró la dama, yo no estoy buena, siento una opresión..... me va á dar algo.

—Eso es un mareo.....

—Tal vez.

—Es claro..... hemos pasado la noche sin pegar los ojos.

Doña Mercedes se estremeció.

—Cuando pienso en lo que me sucede, añadió la dama.

—Tranquílcese Vd., todo se arreglará.

—¡Oh! no.

—Durante unos dias estará Vd. á mi lado.

—Y su esposa de Vd., ¿qué dirá?

—Nada..... es una bendita.

—Pero será preciso revelarle lo que ha sucedido, y esto me da vergüenza.

Doña Mercedes hizo un movimiento para abrir la puerta.

La dama se asustó.

Estaba muy nerviosa.

—¡Ah! dijo.

Y se desmayó.

Don Melquiades corrió por agua, abrió de pronto la puerta y dió un soberbio coscorron á su cara esposa.

—¡Bárbaro! exclamó esta.

—Perdona.

—No señor, no perdono, va Vd. á darme cuenta de sus picardías.

—Imposible.

—Es preciso.

—Voy á llevar un vaso de agua á esa mujer.

—Antes es necesario que yo sepa.....

—Todo lo sabrás luego.

—No..... ahora.

—Ahora no.

—¡Libertino!

—No me busques la lengua.

—Mal hombre..... seductor, calavera.

—Mercedes, que te rompo las costillas.

Después de esta frase solo se oyeron los ayes de la pobre señora.

Con la turbación de que se hallaba poseído D. Melquiades habia acompañado la acción á la palabra.

La irritación de doña Mercedes fué tal, que mientras su marido se dirigia á la cocina á buscar agua, ella se fué á la sala, y ciega de coraje, comenzó á sacudir á la señora desmayada.

Esta volvió en sí.

Hé aquí una cura no prevista por la ciencia.

Cuando llegó D. Melquiades, doña Mercedes llenaba de improperios á la desconocida.

Don Melquiades tomó entonces una actitud trágica.

—Detente, desgraciada, exclamó amenazando con el vaso de agua á su esposa; ¿no reconoces á esta joven?

—¿Quién es, bellaco? dímelo pronto.

—Es la hija de la marquesa de Valle-Oscuro.

—Todo lo comprendo..... ¡qué horror! conque tú has sido quien la ha robado, tú su seductor..... ¡ay! ¡ay!

Y doña Mercedes se desmayó á su vez.

Poco después volvió en sí, gracias á los socorros que le prestaron su marido y Hortensia, y cuando pudo oír, dijo esta:

—Esplique Vd. á su esposa todo lo que ha pasado, para que no sospeche de nosotros.

—Sí, eso quiero, eso exijo, exclamó todavía convulsa la buena señora.

—Pues lo que ha pasado, dijo D. Melquiades, es que ha querido mi buena suerte que salve á esta joven del precipicio á donde una loca pasión la habia llevado. Ya te acuerdas que fui á despedir á un amigo. Pues bien: ví en la estación á la señorita Hortensia acompañada de su cochero. Esto es un rapto, me dije. Y tomando un billete, los seguí. Llegaron á Alicante, entraron en una fonda, me hospedé al lado suyo, escribí una carta al falso cochero diciéndole que todo se habia descubierto, y que necesitaba, para no ser sorprendido, buscar una casa de huéspedes. Salí inmediatamente á buscarla; yo entré en la habitación en donde estaba la joven, y para recordarle sus deberes, le hablé de su madre. Oyó el lenguaje de la razón, y completamente incólume, pude arrancarla del lado de su seductor, llevarla á otra fonda, y saber, para colmo de mi felicidad, que acababa de llegar allí mismo la señora marquesa de Valle-Oscuro. La escena de reconciliación no podia tener lugar en otra parte que en el hogar abandonado. Escribí á la marquesa anunciándole lo que pasaba y dándole cita para hoy á las once con la promesa de entregarle á su hija. Esto es todo. ¿Comprendes ahora el sacrificio que he hecho en aras de la honra de una joven estraviada? ¿No seria justo que por haber llevado á cabo una acción tan filantrópica me dieran un ascenso?

Doña Mercedes, cambiando de actitud, se levantó.

Dió trágicamente tres pasos, y abriendo los brazos:

—Ven aquí, esposo mio, eres un héroe. Pero quiero participar de tu gloria: llevaremos juntos al redil la oveja estraviada.

Poco después bajaron los dos esposos al cuarto principal, en donde ya esperaba con ansiedad la marquesa de Valle-Oscuro á su hija.

Súplicas, ruegos, lágrimas, fueron inútiles.

—Has deshonrado mi nombre, has mancillado mi casa. De aquí vas á ir á un convento. En cuanto á Vd., Sr. D. Melquiades, dijo al salvador de su hija, estoy tan agra-

decida, que voy á proporcionarle á Vd. un buen destino en Filipinas.

La marquesa queria alejar de Madrid al confidente de los extravíos de Hortensia.

Inútil es añadir que, aunque la marquesa cumplió su promesa á D. Melquiades, no hizo otro tanto con su hija.

Cuatro años despues anunciaban los periódicos el casamiento de la jóven, elegante y simpática hija de la marquesa viuda de Valle-Oscuro con el vizconde de Castilla.

Cuando Jorge leyó esta noticia en los periódicos, contemplando á Rosa, que era la más feliz de las mujeres porque tenia en sus brazos á una niña, fruto de su amor:

—Cada cual alcanza en el mundo lo que merecé, exclamó el jóven.

He llegado al final de mi historia.

Peró todavía quedan algunos cabos sueltos que voy á atar, si Vds. me lo permiten.

—¡Cómo! ¿se acaba la novela?

—Sí por cierto. Pues qué, ¿les parece á Vds. corta?

—No nos ha dicho Vd. aun nada del misterioso personaje que, encerrado en el cuarto principal de la calle del Carbon hizo perder un minuto á cada uno de los personajes de esta historia, dando lugar á los diferentes episodios que nos ha referido Vd.

—No lo habia olvidado; pero antes de revelar ese secreto, diré lo que ha llegado á mi noticia de Casilda, de Estéban y de D. Meliton.

XXXII.

UNA SORPRESA.

Casilda se retiró del Ariel profundamente conmovida.

La declaracion amorosa que le habia hecho Estéban al compás de las habaneras, las esperanzas que habia despertado en su alma, todo aquel mundo de ilusiones que se habia forjado, habian despertado en ella una verdadera pasion hácia el jóven mancebo de la tienda de ultramarinos.

Porque es horrible eso de decir á una mujer: «yo la amo á Vd.» de demostrárselo, de despertar en su alma esperanzas dulcísimas, y á lo mejor echar á correr dejando el sí que se desea entre los lábios de la mujer amada.

La que se encuentra en este caso se ofende.

La ofensa le hace pensar en el hombre que la ha ofendido.

Con el recuerdo del hombre que se halla en este caso, se mezclan las esperanzas concebidas.

La lucha es inevitable.

Tras la lucha hay uno que vence y otro que es vencido.

En estos casos, el hombre es casi siempre el primero, y la mujer el segundo.

Casilda pasó toda la noche en vela pensando qué habria podido motivar la repentina desaparicion de su amante.

—Mañana muy temprano iré á la tienda, se dijo, preguntaré su paradero y me vengaré de él.

Donde se lee que se vengaria de él, debe leerse que le daria el sí.

Entretanto Estéban, desesperado por haber perdido de vista al estafador, y más desesperado aun por verse encarcelado, escribió una carta á su antiguo amo pidiendo que fuese á responder por él para que le dejasen en libertad.

Amigo lector: las apariencias engañan. Usted se habrá figurado que el dueño de la tienda de ultramarinos era un malvado.

Todos los actos de él que he tenido el honor de referir á Vd. se lo demuestran.

Y, sin embargo, no era tan malo como nos ha parecido.

Arrepentido despues de haber llevado á cabo la jugada que ya saben Vds., sintiendo hácia Estéban un verdadero afecto, aunque al principio, al apoderarse de sus ahorros obró de comun acuerdo con su codicia, se arrepintió y se propuso aligerar su conciencia de aquel peso.

Apenas recibió la carta de Estéban, fué á la prevencion.

Como, en honor á la verdad, el mancebo de la tienda de ultramarinos no habia cometido ningun delito, apenas hubo una persona de casa abierta que respondió por él, fué puesto en libertad.

—Ahora vas á venirte conmigo, le dijo su amo.

—¿A dónde?

—A casa.

—Es que...

—¡Silencio! A casa, y despues que hablemos, resolverás lo que mejor te parezca.

No tardaron en llegar, y el tendero le dijo:

—Querido Estéban, ¿tú crees que has perdido tus ahorros?

—¡Ay! ¡señor! exclamó sollozando el mancebo.

—Y si hallases un hombre que te los devolviera, ¿qué harias por ese hombre?

—Besaria donde él pisara, seria su esclavo.

—Pues ese hombre soy yo.

—¿Cómo! ¿Vd.?

—Oyeme; tu amigo quiso estafarte, y me buscó como cómplice. Yo le dí por el recibo, que en mal hora le entregaste, una cantidad muy pequeña. El dinero quedó en mi poder, y me prometia no revelarte este secreto hasta verte completamente arrepentido. Las desdichas hacen juiciosos á los hombres. Esperaba que fueses juicioso para darte el alegrón. Pero no quiero que penes por más tiempo; tus ahorros están intactos en mi poder.

—¡Ay! ¡amo mio! exclamó Estéban cayendo de rodillas y abrazando las piernas del tendero.

Este se conmovió hasta el punto de derramar lágrimas.

—Pidame Vd. la vida.

—No te pido tanto, pero sí algo.

—Lo que Vd. quiera.

—¿Conoces á mi sobrina Atanasia?

—Sí, señor.

—Es morena, graciosa, frescota, sabe

coser muy bien, guisa como un cocinero, sin gastar mucho, y es tan hacendosa, que á lo mejor coge un talego de ropa y se vá á lavar al rio. Es la mujer que te conviene.

—¿Qué dice Vd.?

—Su madre es hermana mia; ha quedado viuda, es pobre: Atanasia será mi heredera.

—¿Quiere Vd. que le diga una cosa? exclamó Estéban abriendo los ojos; hace ya más de un año que estoy enamorado de ella.

—¿Cómo lo has disimulado, picarillo!

—Por temor de desagradar á Vd.

—Pues, nada, hijo mio; hoy mismo vas á hacerle una declaracion, y dentro de quince dias os casais y venis á vivir conmigo. ¿Te acomoda?

—Este abrazo se lo dirá á Vd.

No bien se echó en los brazos del tendero, cuando resonó en sus oídos una voz que le estremeció.

Era la de Casilda.

XXXIII.

EL ÚLTIMO SEGUNDO DEL MINUTO.

—Mira, despacha pronto á esa mujer, dijo el tendero á Estéban.

—En ese caso, voy á salir.

Y mudando de tono:

—Buenos dias, Casildita, exclamó; ¿qué habrá Vd. dicho de mí? Pero, en fin, le debo á Vd. una satisfaccion y voy á dársela. En seguida vengo.

Casilda y Estéban salieron á la calle.

—Es Vd. un pérfido, dijo ella.

—Oígame Vd. antes.

—Es Vd. un malvado. ¡Dejar á una mujer en tan grave compromiso!

—Si Vd. supiera....

—No quiero saber nada.

—Vamos á su casa de Vd., porque si la ven por la calle tan agitada, van á creer que vamos regañando.

—¿Y qué me importa?

—Calme Vd. esos ímpetus. Vámonos á su casa de Vd., remonona.

Y como estaban cerca, penetraron en el portal y subieron al cuarto de la planchadora.

—Vamos á ver, esplíquese Vd., dijo Casilda.

Estéban permaneció silencioso algun tiempo.

Buscaba una fórmula concreta, y no la hallaba.

—¿Por qué me preguntaba Vd. ayer, insistió Casilda, si correspondia á su amor y al mismo tiempo que iba yo, á responderle echó Vd. correr?

—Para responder á esa pregunta tengo que contarle á Vd. una historia.

—Algun embuste.

—No, señora.

—Los hombres siempre tienen Vds. á la mano una fábula.

—Lé digo á Vd. que no. No soy yo de los que improvisan. Pero ha de saber Vd. que yo tenia unos cuartos ahorrados.

—Ya lo sé; me lo ha dicho Vd.

—Pues bien; tenía esos cuartos, y un amigo, valiéndose de mi buena fé, me los escamoteó.

—¡Ay! ¡Dios mio! ¡Esto más!

—Pues como iba diciendo, cuando yo valsaba con Vd. ayer tarde, vi pasar de pronto al amigo. ¿Qué hubiera Vd. hecho en mi caso?

—¡Pobre Estéban! dijo casi conmoviéndose, ¡y yo que le habia juzgado tan mal!

—¡Oh! ahora lo comprendo todo, y aunque me habia resuelto á no decir á Vd. la verdad en algun tiempo, para consolarle del descrédito de ayer, voy á ser franca, Estéban, añadió bajando los ojos y cogiendo la tradicional punta del delantal, yo, si usted viene con buen fin.... si Vd. ha de casarse conmigo, le digo que sí.

—¡Ah! exclamó el mancebo, ya es tarde.

—¿Cómo tarde?

—Sí, mi dinero ha parecido.

—¡Picaro! ¿Y porque tiene Vd. dinero no se quiere casar conmigo?

—No es eso; ha parecido, pero con una condicion.

—¿Qué condicion es esa?

—Mi amo ha recobrado esa cantidad: pero no me la entrega si no me caso con su sobrina Atanasia.

—¿Y tiene Vd. valor de decírmelo?

—Yo soy muy franco.

—Pero, ¡y aquellas promesas y aquellos juramentos?

—Para casarme con Vd. tendria que renunciar á mi dinero, y donde no hay harina todo es mohina.

—Váyase Vd., váyase Vd., malvado, dijo Casilda enfureciéndose; yo sé lo que me queda que hacer.

—Pues hija, lo siento, pero obedezco.

Y viendo que arreciaba el llanto, tomó Estéban la puerta.

Casilda se quedó sola.

—Ame Vd. á un hombre, balbuceaba; entréguele Vd. su corazon, fórjese Vd. ilusiones, venza Vd. el rubor que le cuesta dar el sí, para que le corresponda con unas calabazas. ¡Oh! ¡yo no puedo resistir esto! Perseguida por D. Meliton, que si al menos quisiera casarse conmigo..... pero no quiere; y abandonada por Estéban, no me queda más recurso que la muerte; lamuerte, si; muchas mujeres que se han hallado en mi caso han recurrido siempre al suicidio. Los fósforos son una gran invencion. Si no fuera por ellos, tendria que ir á la droguería á comprar un veneno; acaso no querrían vendérmelo, y mi martirio se prolongaria. Pero aquí hay una caja de fósforos; acabemos de una vez con esta miserable vida.

Y cortando la cabeza á una media docena de fósforos, los echó en un vaso, puso un poco de agua, y se hincó de rodillas para elevar al cielo su última plegaria.

No habia hecho más que arrodillarse, cuando escuchó en la calle varias voces gritando:

—¡La lista grande! ¡la lista grande!

—¡Ah! exclamó; no quiero morir sin saber si ha salido premiado mi número.

Y bajando á la calle, compró la lista.

Al mismo tiempo pasaba por allí D. Meliton, procedente de la pastelería suiza, donde habia almorzado.

Al ver á Casilda, se detuvo.

—¡Ah! ¡picaron! ¿Conque Vd. juega á la lotería? le dijo.

—Sí señor, contestó Casilda; y llega usted á tiempo, porque yo no entiendo de números, y va Vd. á decirme si me ha tocado algo.

—Pero no aquí en la calle, porque si hubiera Vd. tenido la suerte de sacar un buen premio, la alegría podria obligarla á caer desmayada y dar un espectáculo.

—Pues suba Vd.

—Con mucho gusto.

Los dos subieron.

—¡Ay! ¡Casilda! exclamó D. Meliton, pugnando por ceñir con sus manos la cintura de la planchadora.

—Déjeme Vd., D. Meliton, que no estoy para bromas.

—Vamos, á ver, ¿qué número tiene Vd.?

—Tenga Vd. el octavo.

D. Meliton fijó sus ojos en el billete, y los pasó á la lista.

De prontodijo:

—Casilda, antes de ver si ha sido Vd. afortunada, quiero hacerla una revelacion para que no considere Vd. interesados mis propósitos.

—¿Me ha caido algo?

—No lo sé, no quiero saberlo hasta despues que me conteste Vd.

—Hable Vd., pero pronto.

—Casilda, yo la amo á Vd. Desde aquella noche que estuvimos juntos en el café, vengo pensando que es Vd. la mujer más digna de ser amada. Es verdad que mi clase y la de Vd. no son iguales, pero el amor iguala las gerarquías. Yo estoy resuelto á casarme con Vd.

—¿Es posible?

—Lo que Vd. oye.

—¿No me engaña Vd.?

—Lo juro.

Casilda corrió á donde estaba el vaso de agua, y lo cogió con tanta furia, que don Meliton creyó por un momento que iba á tirárselo á la cabeza.

—¿Qué va Vd. á hacer?

—¿Ve Vd. esto? dijo la jóven.

—Sí, es un vaso de agua.

—Con cabezas de fósforo.

—¿Iba Vd. á envenenarse? ¡ah! ¡no, por Dios!

—Ya no me enveneno; me caso con Vd.

—Déme Vd. una prenda.

—Ahí vá mi mano.

—Ahora, vamos á ver si le ha caido á Vd. la lotería.

Un minuto despues:

—¡Oh! ¡fortuna! exclamó; su octavo de usted ha salido premiado con tres mil duros.

Casilda se desmayó de alegría en los brazos de D. Meliton.

Quince dias despues se casaron en la parroquia de San Martín, Estéban y Atanasia, Casilda y D. Meliton.

Tal fué el fin de los personajes de mi historia, y voy á poner punto.

EL LECTOR. Pero, ¿quién era el jóven misterioso, el sobrino de la generala Mendoza?

Es verdad, he contraido esta deuda con mis lectores, y voy á pagarla.

El jóven incógnito, el autor del minuto de esta historia, era ni más ni menos que un pobre loco.

—Eso ya lo sabíamos.

—Pero no la causa de su locura.

—¿Cuál fué?

—La de haberse enamorado perdidamente de la Guy Stéfani, sin hallar eco en su corazon, porque la sífide estaba ya casada amaba á su marido y era muy virtuosa á pesar de bailar el baile inglés.

FIN.

ADVERTENCIA.

Con fecha del 2 del actual hemos girado á la orden del Sr. D. Francisco Maetzu, de Pamplona, y cargo de los señores suscritores de la provincia de Navarra el importe de las cantidades que adeudan en esta administracion. Rogamos á dichos señores que acepten estas letras para quedar al corriente.

Asimismo suplicamos á los que solo nos adeudan el importe del trimestre que corre se sirvan enviar su importe á la mayor brevedad.

Siendo muchos los señores suscritores que manifiestan deseos de adquirir la obra Ateos y Creyentes, debemos advertir que pueden suscribirse á ella enviando á la administracion de EL PAIS VASCO-NAVARRO el importe de diez cuadernos lo menos, ó sea 10 reales. La obra constará de 40 cuadernos, que se publican semanalmente.

ANUNCIOS.

SE HA REPARTIDO EL CUADERNO quinto de la novela titulada *Ateos y Creyentes*, cuyo objeto es demostrar prácticamente las impiedades y los errores de los modernos racionalistas.

MADRID.—1871.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez, calle de San Miguel, 23.